

A VUELTAS CON SPHAIROMAKIA: JUEGO DE PELOTA

Ander Letamendia

Entre los temas que, fuera de mi profesión, trato en mis esporádicas incursiones literarias, gozan de una significativa y notoria primacía todos los que guardan relación con el mundo de la pelota, ese objeto puro y absoluto de la invención humana que, en el caso vasco adquiere, en palabras del poeta, un punto de perfección casi irrepetible entre el guijarro certero y funcional con el que David mató a Goliat, y el maravilloso diamante rosa de Tiffany's.

Mis reiterados estudios sobre los conflictos o desavenencias que surgen del encuentro entre la pelota y las palmas de los jugadores "a main nue" - ¿mano desnuda?, ¡qué ironía! - me han permitido un confidencial acercamiento a los pelotaris y a sus cuidadores, situación que, tras largas, enjundiosas y plácidas pláticas, me ha llevado al conocimiento de la apasionante atmósfera que envuelve a nuestro deporte rey, el juego vasco de pelota.

He tenido, y tengo, verdadero interés en conocer de primera mano las suculentas anécdotas que hacen referencia a las peculiaridades de las diferentes canchas, a las características del material y sistemas utilizados para la fabricación de las pelotas, a la relación personal entre los pelotaris, a las fórmulas de su contratación por las empresas, al control de su rendimiento, a la preparación física, al cuidado de las manos, a las formas de su protección, etc. En este fértil marujeo con tal variopinto colectivo me he encontrado con pelotaris, más de uno y de dos que, por mor de un singular regateo entre las células de su cerebro, únicamente recuerdan las exitosas tardes de sus triunfos, ¡bendito cerebro!; he compartido momentos inolvidables con un gran campeón - ídolo inasequible en mi juventud, y hoy, afortunadamente, amigo- que, no es que se haya olvidado de las derrotas sufridas en los frontones sino que, simplemente, tal como utiliza la forma verbal: "yo le gané" o "yo le perdí", elude confesar que alguien le llegara a ganar algún partido.

En la actualidad, tengo verdadero interés en conocer la cuantía de las personas que, enganchadas por la renovada pelota, siguen con verdadera pasión los partidos retransmitidos a través de la pequeña pantalla; como mi octogenaria amatxo que, sin haber frecuentado los frontones ni haber sido una forofa de este deporte, está más pendiente de los avatares de Goñi II o Titín III, por poner un par de ejemplos, o de sí a Julian Retegui (D. Julián), teniendo en cuenta su edad, le ha llegado el momento de la jubilación, que de las veleidades de "Marialuixa" la de "Goenkale", de los nuevos amoríos de Leonor o de las próximas elecciones municipales.

Gracias a la profusa difusión a través de la pequeña pantalla, hay que reconocer que la pelota, especialmente a mano, entre hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, ha ganado un gran número de adictos que jamás habían prestado excesiva atención a lo que sucedía en los frontones,

frecuentados, como las Iglesias, por gente de poco pelo y, además, cano. En todo ello han influido, sin duda, la adopción de formas modernas de imagen y la magnífica preparación física de la que, salvo alguna notoria excepción, hacen gala los pelotaris.

Todo parece maravilloso, positivo y prometedor, pero, pero... la actual desavenencia o divorcio entre las empresas de pelotaris me pone gélido y, como diría Azorín, me produce ardores. Veo la actual situación con preocupación porque este mal que invade la pelota está haciendo, silenciosamente, más estragos que los beneficios que aporta la televisión.

Es perfectamente comprensible que, sometidos al yugo de la televisión, los pelotaris exhiban vestimentas aderezadas por propagandas multicolores, que hacen olvidar la blanca e inmaculada indumentaria de otros tiempos; más dudoso es el cambio de la recia pelota negra por la actual, blanca paloma que, en vez de ser enviada, vuela sola hasta el rebote de los verdes frontones y que, ante su creciente agresividad, obliga a una protección llamativa y exagerada de las manos con ingentes cantidades de esparadrado de color carne que, como la capa, todo lo tapa. No acepto, en cambio, que un campeón no pueda acceder a la defensa de su entorchado, y que, en las condiciones que lo defiende, si gana, en vez de una boina le entreguen media. No entiendo que el Campeonato de España se retransmita en euskera por Euskal Telebista y el campeonato de Euskal Herria, en castellano por Tele5; me sorprenden las inscripciones en las txapelas de los campeonatos paralelos, la participación de pelotaris franceses en el campeonato de España, las prohibiciones para que el campeonato de Euskal Herria se juegue en el frontón Labrit de Pamplona ...

Yo que, ¡ingenuo de mí!, sueño con un juego de pelota de músculo y cerebro, leal, viril y elegante, embrujo hipnotizador que subyugue y atraiga, fiesta del pueblo alegre y feliz, con piques que traiga afectos y réplicas que lleven a la amistad, entretenimiento sano en el que, en cada saque, vaya el alma del pelotari y en el resto, la dignidad y vergüenza deportiva. Sugiero que los responsables del actual desaguisado se acerquen hasta la catedral de Calahorra a visitar al Cristo de la Pelota para que, como cuenta la leyenda, sea capaz de hacer el milagro de reconciliar definitivamente a los contendientes, por el bien de Sphairomakia.

